

# EL PEREGRINO QUERUBÍNICO

– Selección de Epigramas –

## II. LA DEIFICACIÓN

Angelus Silesius

### PRESENTACIÓN

Juan Antonio Ruescas Juárez

Hecha ya la presentación de Angelus Silesius al comienzo de esta pequeña serie, la introducción que requiere esta segunda entrega puede ser mucho más breve <sup>(1)</sup>. Recordemos solamente que Silesius se vincula a un movimiento místico de la Europa del siglo XVII que fue ciertamente vigoroso, aunque minoritario. Aquella fue una mística culta y especulativa, plural, y más ignorada que apreciada por las jerarquías de las iglesias. Se ha caracterizado este fenómeno como una “Internacional mística” que, ante las intolerancias y los conflictos religiosos de la época, se alejó de las adhesiones confesionales.

Pero una cosa son las tendencias generales y otra las trayectorias particulares. La de Silesius (Johann Scheffler hasta su conversión al catolicismo) derivó hacia el compromiso confesional. Conviene recordar este dato porque ayuda a com-

---

<sup>(1)</sup> Ver *Boletines de la Diáspora*, n. 9, p. 167-173. Buena parte de aquella presentación se hizo siguiendo a Lluís Duch en su estudio introductorio a la edición de la que se extrae la presente selección: ANGELUS SILESIUS: *El peregrino querubínico*, Madrid, Siruela, 2005.

prender la preocupación que mostró ante posibles interpretaciones heterodoxas de su obra. Nuestro autor percibió acrecentado este peligro cuando sus epigramas hablaban de la deificación, es decir, de cierta forma de fusión del alma con Dios. Sin duda, este era terreno resbaladizo en cuanto a la ortodoxia. De ahí ese tono de advertencia que, como se verá, tiene el Prefacio del *Peregrino*.

Ciertamente, este tema del nacimiento o generación de Dios en el alma no era algo inédito. Tenía, sin duda, un antecedente en la mística especulativa de Eckhart. Por otra parte, esta intuición, ¿no puede emparentarse, aunque sea remotamente, con el *búscate en mí / búscame en ti* de santa Teresa? <sup>(2)</sup> Parece, pues, que el tema bien podría abordarse sin las precauciones que muestra el Prefacio de *El Peregrino*, pues es, si no un lugar común de la literatura espiritual, sí al menos un elemento relativamente frecuente. Sin embargo, hay razones para comprender las prevenciones de Silesius. Prevenciones que pueden explicarse (hay que reconocerlo) en función de esa militancia confesional suya, característica de la etapa final de su vida, pero que también las podría tener cualquiera, por cautela y al margen de tal compromiso confesional. En efecto: con o sin afán de ortodoxia, parece prudente advertir sobre la tentación de confundir la difícil facilidad de la supresión de la diferencia alma / Dios con otra facilidad que quizá podríamos llamar “banal” o “apresurada”. La primera es propia del espíritu que conoce el esfuerzo de la reflexión, es propia de quien ha sabido ser ascético antes de trascender las ortodoxias de su entorno y su tradición; la segunda acompaña a muchas adhesiones a esta o aquella doctrina cuando estas nacen, no tanto del esfuerzo reflexivo y el arraigo en el propio itinerario como de la atracción por lo exótico o de la pereza para apropiarse de forma adulta la propia tradición. En palabras de

---

<sup>(2)</sup> Más aún: ¿no podría interpretarse también como afín a las referencias de Légaut a Dios como *aquello que no soy yo pero que no existe sin mí?*

Ciorán: la deificación puede ser un absoluto importado, una de tantas *doctrinas de la decadencia*:

[La mística] ...se diferencia de esas otras doctrinas de la decadencia, de las que lo propio es no provenir del manantial, sino venir de otra parte, como las que de Oriente fueron trasplantadas a Roma. De este modo solo respondían al apetito de marasmo de una civilización incapaz de crear una religión nueva o de adherirse todavía a los prestigios de la mitología. Lo mismo ocurre con los místicos de hoy, con su absoluto importado para uso de debiluchos y decepcionados. <sup>(3)</sup>

La primera entrega de esta selección de *El Peregrino querubínico* contenía solamente epigramas. Esta incluye también algunos fragmentos del Prefacio, por ser esto testimonio de dos aspectos relevantes de la experiencia de Silesius: por un lado, la difícil relación (suya, y de todos los místicos) con el lenguaje; por otro, la aludida prevención ante posibles interpretaciones heterodoxas.

No deja de llamar la atención la militancia confesional de Silesius, a pesar del atrevimiento que muestran tantos pasajes de su obra. En cualquier caso, abracemos —que diría un anglosajón— la complejidad y la ambigüedad de las trayectorias individuales. Complejidad y ambigüedad que son *el pan nuestro de cada día*: porque son lo *quotidianus* y porque, en su consistencia última, son *alimento*.

---

<sup>(3)</sup> E. M. CIORAN, *Adiós a la filosofía y otros textos*. Madrid, Alianza, 2016 [1980], p. 96. Una «poquedad» sobre Ciorán, en el *Boletín de la diáspora* n. 7, está en el origen de esta propuesta de ahora sobre Silesius.

## II. LA DEIFICACIÓN

### *Fragments del Prefacio* <sup>(4)</sup>

Los versos que ahora leerás contienen muchas paradojas raras y pensamientos que van contra el sentido común, como también algunas máximas, poco conocidas, sobre el misterio de la divinidad. Así mismo esconden algunas afirmaciones sobre la unión con Dios, la esencia de Dios, y también sobre la igualdad con Dios, la *deificación* o divinización y, aún, muchas otras cosas de esa naturaleza. A causa de la brevedad de la expresión, todo eso podría dar lugar a un sentido condenable o a una interpretación malévola. Por ello, es necesario que te dé algunas advertencias previas. Ha de indicarse, de una vez por todas, que la opinión del autor no es en modo alguno que el alma deba o pueda perder su naturaleza de criatura y que, por transformación, pueda convertirse en Dios o en su esencia increada: eso es imposible por toda la eternidad <sup>(5)</sup>.

(...)

Inquieres: ¿cómo puede suceder todo eso, si la esencia divina es incomunicable? Te responderé (...) con san Buenaventura: «si lo quieres saber, interroga a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al intelecto; al suspiro de la plegaria, no a la lectura diligente; al esposo, no al maestro; a Dios, no al hombre; a la penumbra, no a la claridad, no a la luz, sino al fuego que todo lo inflama y conduce a Dios con ardiente deseo, fuego que es el mismo Dios» <sup>(6)</sup>. En segundo lugar: es

---

<sup>(4)</sup> Pp. 55-62 de la citada edición de Siruela. Muchas de las notas de Lluís Duch ayudan a la comprensión de los dísticos. En estos casos, las incorporo (resumidas) a pie de página, indicando «Cf. Nota de Duch».

<sup>(5)</sup> Siguen, en este Prefacio, algunas citas de autoridades en esta línea.

<sup>(6)</sup> Fragmento del final del *Itinerarium mentis in Deum* [Nota de Duch].

verdad que la esencia divina es incomunicable porque no se puede mezclar con una cosa y constituir con ella una sola naturaleza o esencia. Pero, de alguna manera, sí que podría llamarse comunicable a causa de la unión tan íntima y estrecha que tiene con las almas santas.

(...)

Para comprender todo eso y explicarlo de manera adecuada y sin errores, siempre me he servido de las imágenes de la unión del Sol con el aire, del fuego con el hierro, del vino con el agua y de otras parecidas que los Santos Padres utilizan para describir, de alguna manera, la alta unión de Dios con el alma.

(...)

Los santos contempladores de Dios se han esforzado por expresar en alguna medida la estrecha unión de Dios con el alma santificada; advierten, sin embargo, que no hay palabras para describir a fondo su realidad profunda. Por consiguiente, si en estos versos el amable lector encuentra, aquí y allá, algunas ideas análogas [a la de la unión y aun igualdad del alma con Dios], quiera juzgarlas y entenderlas en este sentido.

Cuando (...) el hombre ha alcanzado una tal igualdad con Dios (...), entonces es tan grande, tan rico, tan sabio y tan poderoso como Dios y, entonces, Dios no hace nada sin un tal hombre porque es una sola cosa con él. Dios le manifiesta toda su gloria y riqueza y nada hay en la casa de Dios, que es Dios mismo, que le guarde oculto; como dice a Moisés: *Quiero mostrarte todos mis bienes* (?). (...)

Ofrecer, una por una, una exhaustiva y clara explicación de las palabras requeriría amplísimas explicaciones que cansarían mucho al lector. Actualmente, a causa de la falta de

---

(?) Ex 33, 19 [Nota de Duch]. La traducción en la *Biblia* de NÁCAR - COLUNGA es: «Yo haré pasar ante ti toda mi bondad».

medida en la escritura de libros, se escribe más de lo que se lee. Estas rimas, de la manera que ha sido concedido al autor hilvanarlas en un tiempo muy breve (el primer libro, por ejemplo, se escribió en cuatro días), se han escrito sin premeditación ni laboriosas reflexiones, a partir de la fuente de todo bien; estas rimas deben permanecer tal como son, animando al lector a buscar al Dios escondido en él por sí mismo, a contemplar con los propios ojos su rostro.

### **ALGUNOS EPIGRAMAS SOBRE LA DEIFICACIÓN**

*I, 6. Tienes que ser lo que Dios es*

Para encontrar mi último fin y mi inicio,  
Debo buscarme en Dios y a Dios en mí,  
Y así convertirme en lo que Él es: luz en la luz,  
Palabra en la Palabra, Dios en Dios. <sup>(8)</sup>

*I, 8. Dios no vive sin mí*

Yo sé que, sin mí, Dios no puede vivir ni un instante.  
Si me convirtiera en nada, Él necesariamente debería morir.

*I, 11. Dios está en mí, y yo en Él*

Dios es en mí el fuego, y yo, en Él, la luz:  
¿No estamos el uno con el otro íntimamente unidos?

*I, 84. ¿Cómo se llega a ser igual a Dios?*

Quien quiera ser igual a Dios ha de ser desigual a todo,  
Ha de vaciarse de sí mismo y librarse de toda angustia.

---

<sup>(8)</sup> Con el número romano se indica el libro al que pertenece el epigrama (*El peregrino* lo conforman un total de seis libros). El número arábigo se corresponde con la numeración de los epigramas dentro de cada libro.

*I, 86. Yo soy tan extenso como Dios*

Soy tan extenso como Dios. Nada hay en todo el mundo  
Que – ioh milagro! – me tenga encerrado en sí.

*I, 89. El alma es igual a Dios*

Porque mi alma, en Dios, se encuentra fuera de tiempo y  
espacio,  
Debe ser igual al espacio y a la palabra eternos.

*I, 92. Quién está completamente divinizado*

Quien es como si no fuera y nunca hubiera sido,  
Este tal – ioh bienaventuranza! – se ha convertido total-  
mente en Dios.

*I, 96. Dios nada puede sin mí*

Sin mí, Dios no puede hacer siquiera un gusanito;  
Si con Él yo no lo mantengo, inmediatamente desaparece.

*I, 100. Lo uno sostiene a lo otro*

Yo importo tanto a Dios como Él a mí.  
Le ayudo a mantener su ser, y Él, el mío.

*I, 102. Alquimia espiritual*

Si el plomo se convierte en oro, el azar se desvanece  
Cuando yo, con Dios, por Dios, me transformo en Dios. (9)

---

(9) Las comparaciones alquímicas son recurrentes en *El peregrino querubínico*. Otros místicos de Silesia (Böhme, Franckenberg, Czepko...) integran con naturalidad alusiones a la filosofía de la naturaleza del siglo XVII [Cf. Nota de Duch].

*I, 105. La imagen de Dios*

Poseo en mí la imagen de Dios. Si Él quiere verse,  
Solo puede hacerlo en mí y en el que se me parece. <sup>(10)</sup>

*I, 138. Cuanto más sales de ti, tanto más Dios entra en ti*

Cuanto más te rechazas y huyes de ti mismo,  
Tanto más Dios fluye dentro de ti con su divinidad. <sup>(11)</sup>

*I, 204. El hombre es la cosa más excelsa*

Nada me parece excelso. Yo soy la cosa suprema.  
Porque el mismo Dios sin mí, por eso mismo, es poca cosa.

*I, 212. Yo como Dios, Dios como yo*

Dios es el que es. Yo lo que soy por mediación de Él.  
Pero si conoces a uno de los dos, conoces a ambos.

*I, 236. El Espíritu nos representa*

Siempre Dios ama y se alaba a sí mismo tanto como puede.  
Se arrodilla y prosterna ante sí mismo y se adora. <sup>(12)</sup>

*I, 248. La unión perfecta*

Mira cómo el oro se une perfectamente con el plomo,  
Y el que es deificado con la esencia de Dios. <sup>(13)</sup>

---

<sup>(10)</sup> La mística alemana desarrolló la doctrina patristica de la *imago Dei*. En este dístico, Silesius vincula esta doctrina con la especulación sobre la «impresión» de Dios sobre el hombre [Cf. Nota de Duch].

<sup>(11)</sup> Alguien cantó: «*Si nos dejamos ir de nuestras manos / por el puro placer de andar perdidos / estamos en nosotros más que nunca / y a la intemperie hallamos el cobijo*». MADERITA: «Atención encandilada» (*Vivir para creer*, 2009).

<sup>(12)</sup> El título del dístico alude a Romanos 8, 26. En la mística alemana, el verdadero amor es siempre amor de Dios y amor a partir de Dios. En el amor del hombre a Dios, es Dios mismo el que ama [Cf. Nota de Duch].

<sup>(13)</sup> Ver dístico 102, con su nota correspondiente (nota 9).



*I, 249. La aureidad y la divinidad*

La aureidad produce oro, la divinidad, Dios.  
si no eres uno con ella, continuarás siendo plomo y lodo.

*I, 250. Como la aureidad, así la divinidad*

Mira: así como la aureidad es fusión, peso y esplendor del oro,  
La divinidad lo será todo en el bienaventurado.

*I, 276. Principio y fin uno del otro*

Dios es mi último fin. Si yo soy su principio,  
Él tiene su esencia en mí y yo me pierdo en Él.

*I, 277. La finalidad de Dios*

Que Dios no tenga ninguna finalidad no te lo concedo.  
Porque, imira!, Él me busca para descansar en mí.

*I, 278. El otro yo de Dios*

De Dios soy el otro yo <sup>(14)</sup>. Solo en mí encuentra  
Lo que será igual a Él en la eternidad.

*I, 293. Cuando se está deificado*

Hombre, cuando no te toque el amor ni te hiera el dolor,  
Entonces te habrás transformado en Dios y Dios en ti.

*II, 152. La cosa más divina*

Nada es más divino (si es que puedes comprenderlo)  
Que no dejarse turbar, ni ahora ni en la eternidad.

---

(14) Más literal sería traducir «yo soy el otro él de Dios» [Cf. Nota de Duch].

*II, 157. Se contempla a Dios en sí mismo*

¿Qué aspecto tiene mi Dios? ¡Ve y mírate a ti mismo!  
Quien se contempla en Dios ve en verdad a Dios.

*II, 159. El espíritu es como la esencia*

Mi espíritu es como el ser: imita a la esencia,  
De la cual, en el origen y al principio, ha salido.

*II, 189. El principio encuentra el fin*

Cuando Dios a mí, hombre, se une y se alía,  
El principio entiende que encuentra a su fin.

*II, 201. El hombre, el otro Dios*

Dime, ¿cuál es la única diferencia entre yo y Dios?  
No es, para decirlo con una palabra, sino la alteridad.